

El cerco de la memoria

JOSÉ BLÁZQUEZ ESPINOSA

Dos son los epígrafes bajo los que René Avilés Fabila ampara *El reino vencido*, su más reciente obra, una coedición de Nueva Imagen y la Universidad Autónoma Metropolitana. El primero de Herbert George Wells, autor de *La máquina del tiempo*, es el siguiente: “Antes de que llegue la muerte habremos metido toda la vida en el cerco de una novela”; y el segundo, son palabras de Juan José Arreola: “Yo no he vuelto al pasado, vivo en el pasado. El pasado en que yo vivo es un pasado anterior a mi propia existencia”.

“Vida” y “pasado”. Palabras que adquirirán una significación profunda a lo largo del texto por la intensidad de un presente inaprensible, fugaz siempre. En *El reino vencido*, Emilio Mendoza Medina, el protagonista, es un escritor maduro (más de 60 años), de izquierda, exitoso, mundano, desencantado, nostálgico, resentido pero sin embargo profundamente enamorado que evoca, antes del fin, de su inexplicable desaparición, infancia y adolescencia transcurridas en una colonia del sur de la ciudad de México: Ciudad Jardín; sitio de aventuras y desventuras, de encuentros y desencuentros; lugar de iniciación y de historias que se abren para, a través de los años, cerrarse definitivamente siempre de una manera inesperada contrastando, inevitablemente, los sueños de sus protagonistas y de los que Mendoza deberá ser testigo y cronista.

Pero en *El reino vencido* Ciudad Jardín también es protagonista, colonia clasemediera venida a menos a causa

del crecimiento infame de la ciudad y la aparición de nuevas colonias, como también lo son los amigos que se acompañan celebrando a Onán en una infancia no exenta de morbo o iniciándose sexualmente en la misteriosa casa de citas, la del 227; los cómplices que fraguan el asalto perfecto a las parejas que se solazan en un motel de paso; los enemigos, reales o imaginarios, contra quienes defienden el territorio; y las mujeres (con quienes, decía Boris Vian, sólo se pueden hacer tres cosas: amarlas, odiarlas o hacer literatura), esposas (tres las de Mendoza) y amantes (incontables, también a cargo de Mendoza), frías, cachondas, insaciables, tiernas, inexplicables, bellas siempre, que desfilan en sus páginas. Es Emilio Mendoza Medina y su circunstancia. Emilio Mendoza y su capacidad amorosa puesta a prueba innumerables veces y de la que dan cuenta las escenas eróticas que sus palabras recrean con fortuna. Emilio tiene a su cargo la difícil tarea de recordar el pasado, aquello que ya no existe pero fue, y darle un sentido al convertirlo en escritura. De nos ser por ella, las existencias de Ciudad Jardín y sus habitantes quedarían en el olvido, serían nada.

Pero *El reino vencido* es, también, la crónica de lo que acontece a Ciudad Jardín en la segunda mitad del siglo XX. Lo que vale decir cómo la segunda mitad del siglo XX –guerra fría, emergencia de los movimientos contestatarios, el rock and roll, la revolución cubana, la guerra de Corea seguida de la de Vietnam, el parteaguas que fue el 68 y no se olvida, el boom latinoamericano, la guerrilla urbana, el fin del socialismo real y el desplazamiento de las utopías para un futuro más incierto aún– toma cuerpo en

unos habitantes cuya existencia transcurre entre estos acontecimientos (ahora diríamos, ese “horizonte histórico”) y viven ese inesperado azar que es el presente; esa conjunción de circunstancias que imprimirá a sus vidas las rutas más diversas, los destinos más inexplicables, los caminos más inesperados.

Acaso en ese presente, donde Emilio Mendoza Medina convoca los fantasmas del pasado, busque en una mano imaginaria, la que crea la escritura, las líneas donde se prefiguraba ese futuro sin final feliz y en donde todo cambió –en la modernidad todo cambia: somos para dejar de ser; siempre otros, los mismos pero otros; el sino de la modernidad es la transformación incesante, la vuelta atrás, acaso, sólo para tomar impulso hacia la nada–; sí, todo cambió.

En “Puños y navajas”, uno de los apartados que encuentro más inquietantes, por ese reclamo de la invención a la realidad, el protagonista se pregunta:

“¿Qué cambió, fui yo o fueron mis amigos, fue la sociedad o fuimos todos juntos? Por mi parte, estoy permanentemente triste. Hoy, a diferencia de mi niñez y juventud, el mundo me acobarda: me descubro heterosexual y macho en un mundo de homosexuales, lesbianas y feministas, ateo en uno de creyentes, palestino en cualquier lugar de judíos, comunista en medio de capitalistas, soñador en medio de realistas.

“Veo tan lejanos y borrosos los días de infancia y juventud que me son difíciles de rehacer. Es posible, entonces, que no esté reconstruyendo esas épocas sino que me encuentre inventándolas y que mi soledad haya sido perfecta y antigua. No tuve amigos ni compañeros de escuela, tampoco familiares, soy una creación literaria y el mundo que me rodeó, por más de medio siglo, sólo existió en la fantasía de un escritor nostálgico y soñador (aquí un guiño de ojos a René Avilés Fabila). Mis antepasados no fueron héroes, simplemente hombres y mujeres que aparecían en novelas y poemas que hice míos para darme un largo origen”.

Luego de evocar la desaparición de sus padres, el último Mendoza Medina se pregunta: “¿Todo ello fue cierto? ¿O soy un personaje de novela, un simple narrador omnisciente que sirve de vehículo extravagante para que un escritor cuente una serie de historias, las suyas, las que el vivió y no mi propia experiencia? Es decir, ¿existió, he existido? ¿Soy de carne y hueso? [...] ¿Dónde están las mujeres que he amado? ¿Dónde quedaron esos tres matrimonios que apenas aparecen en mi memoria?”.

La memoria, se sabe, es selectiva. Lo que ocurrió, aquello que se selecciona, no siempre se transmite o evoca tal cual, por más fiel que se pretenda serlo. Al transformar en relato lo acontecido recurrimos, invariablemente, a la reinención. El pasado no existe, lo construimos a fuerza de trabajar imágenes, de recrearlo; pero, en todo caso, es, paradójicamente, la tierra firme que da sentido a nuestra existencia. Habitados por las palabras, creadores de ellas, nos sometemos, sin embargo, a su imperio.

El reino vencido inicia con palabras de Herbert George Wells, y termina con un homenaje a éste. Lo imposible se hace posible gracias a la literatura (de literatura hablamos) y el último Medina Mendoza acude a ese pasado que tanto le inquietó a lo largo de su vida, al que da título a la novela de René Avilés Fabila, a la búsqueda de los orígenes: allí donde se fraguó esa raza que un día Vasconcelos soñó cósmica y que imperaría en un mundo que no imaginó globalizado, infame, ligh, ausente de utopías. Si el pasado puede ser un continente desconocido, la memoria –a través de la historia y la literatura– es el medio para colonizarlo, para darle un sentido a nuestro presente.

Sí, Emilio Mendoza Medina vive en el pasado y logra, impecablemente, meter la vida en el cerco de una novela cuyo título, borroso e indeciso en algún momento, llegará a nosotros: El reino vencido. ■

*Texto leído el 18 de noviembre de 2005 durante la presentación de la novela El reino vencido, de René Avilés Fabila, en el marco del 7o. Festival Internacional de Puebla. Sala Manuel M. Flores, del Instituto Cultural Poblano.